

## Carlos V en Mulberg

El que en Milán nieló de plata y oro  
la soberbia armadura, el que ha forjado  
en Toledo este arnés, quien ha domado  
el negro potro del desierto moro...

El que tiñó de púrpura esta pluma,  
que al aire en Múlberg prepotente flota,  
esta tierra que pisa, y la remota  
playa de oro y de sol de Moctezuma...

Todo es de este hombre gris, barba de acero,  
carnoso labio socarrón y duros  
ojos de lobo audaz, que, lanza en mano,

recorre su dominio el mundo entero,  
con resonantes pasos, y seguros.  
En este punto lo pintó el Tiziano.

## La Litera de Carlos V

Nada más, nunca ví, sobrio y austero.  
que una litera de campaña, que era  
del César Carlos V la litera.  
Emperador del Universo entero.

Un asiento no más de duro cuero  
sobre unas parihuelas de madera...  
Por tildo un negro lienzo, a la manera  
del más burdo y humilde carretero.

Mudo ante tan magnífica pobreza,  
del verdadero honor hallé el secreto,  
de la apariencia en el desdén profundo.

El no tenía que ostentar grandeza  
ni fiar a oropeles el respeto...  
A él le bastaba ser dueño del Mundo.

MANUEL MACHADO

## LA GENEALOGÍA CAROLINA PREDISPONÍA AL IMPERIO

Por NARCISO SANCHEZ MORALES



CREER que Carlos I de España llegó a ser Emperador de Europa sólo gracias a la banca de los Fugger de Augsburgo y al buen acierto de los siete electores germanos, es desconocer casi por completo la universal figura del César. El 28 de Junio de 1519 se elegía en Frankfurt al que más derechos hereditarios ostentaba y al que reunía en su persona más condiciones espirituales y morales para ceñir sobre sus sienes la corona imperial.

Mas no es mi objeto desembocar del Carlos I de España en el Carlos V de Alemania; pretendo recordar o sintetizar que genealógica e ideológicamente nuestro Carlos encarnaba al último Emperador de Occidente como definiera Carl Burckhardt o al Emperador del nomadismo, como no ha mucho lo llamara Alexander von Randa. El destino quería cerrar con otro Carlos el sagrado imperio que otro europeo, el gran Carlomagno, abriera en los balbuceos de la Edad Media.

Por herencia, Carlos I de España era el substratum de todas las casas reinantes. Analicemos los grupos genéticos que en él tienen vivencia, sus derivaciones y proporciones.

El grupo sanguíneo borgoñés-holandés-luxemburgués con todas las virtudes y secuelas de esta mixtificada casa, unión de la de Borgoña con la de Henao y Luxemburgo, transmiten a Carlos dos genes esenciales a la misma: uno, legado de la más preclara y refinada cultura y otro patológico que en las diversas ramificaciones de Borbones, Lancásters, Austrias e Ibéricos, germina en reyes y príncipes tarados o dementes. Las elevadas aptitudes de gobierno de este grupo, proceden de los duques de Borgoña, entrelazados con Capetos y Valois; frutos de estas aptitudes son la prudente administración estatal, el dominio en el arte de la guerra, el predominio diplomático y el mecenato sobre las bellas artes; pero el reverso de esta progenie de Borgoñones y Henaos es la tara psicopática que iba a dejar honda huella en Lancásters y Austrias. La locura de nuestra Juana la Loca, no es española ni derivativa de su acusado sentimentalismo ibérico, es demencia arrancada a los Lancásters de Castilla, Portugal y Austria, a los Borbones unidos a Borgoña en Carlos el Temerario y todas ellas dimanantes de Juan II, Borgoña en Carlos el Temerario y todas ellas dimanantes de Juan II, Borgoña en Carlos el Temerario y todas ellas dimanantes de Juan II, Juana de Castilla, cuyo peor y más desdichado brote surge en la tercera generación de éstos, en el perturbado príncipe Carlos con sus 14 sangres de Lancásters y 19 de Henao-Luxemburgo; 14 por Juana, 19 por Felipe. Sirva esto de aviso, lo repito de nuevo, para aquéllos que

confunden el espíritu saudoso galaico-portugués e ibérico con la demencia de una reina, que si bien vive en ella, tiene más hondos motivos, aunque latentes, en su esposo Felipe el Hermoso.

En Carlos no aflora este mal sicopático y si el sentimentalismo de «saudade» de origen galaico-luso. No es inédita esta versión como afirma en «Flama» de Lisboa, el ilustre Duque Vieira al comentar esta mi postura, manifestada en el diario «Extremadura»; es la conclusión lógica del estudio detenido de las vivencias íntimas del emperador. Por lo demás, Borgoña deja en el físico del César y en todos los Austrias la puntiaguda barbilla, ese prognatismo típico de Trastamaras y Borgoñas.

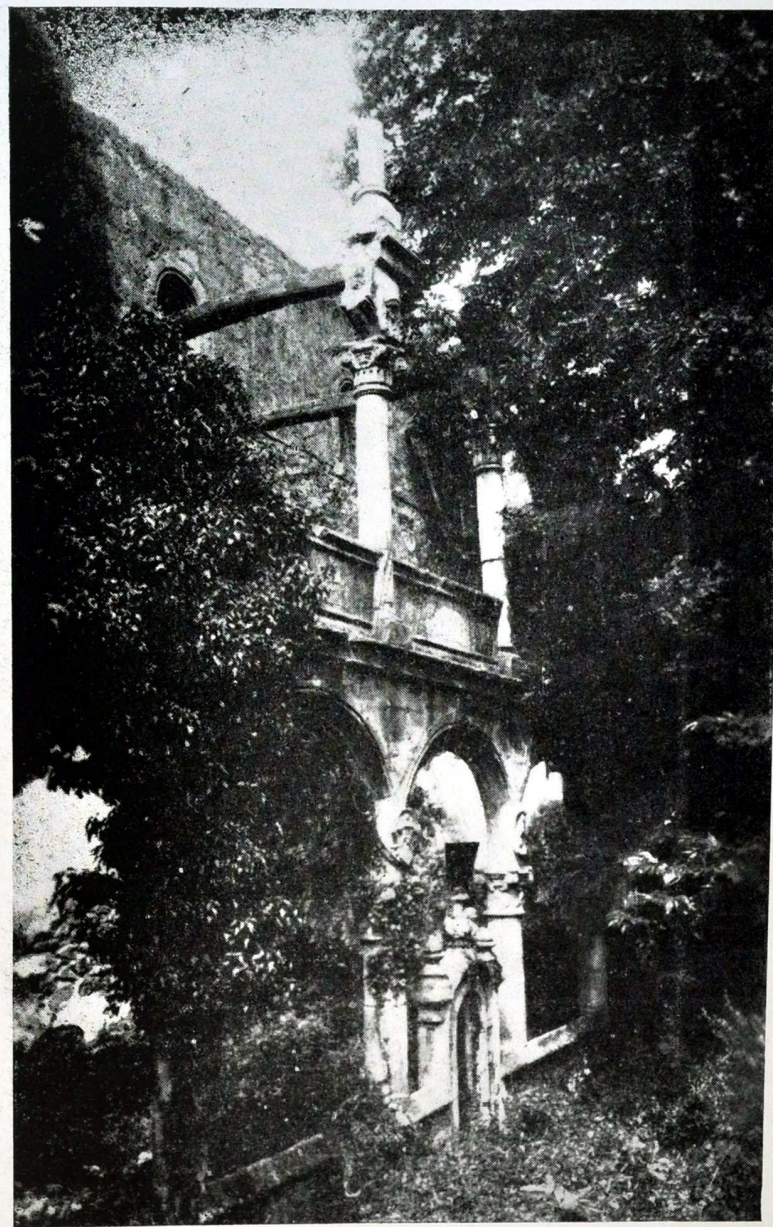
El segundo grupo genético que se entronca en nuestro Carlos I es el ibérico, entendiendo por tal, el conjunto hereditario de Portugal, Castilla y Aragón. En proporciones es el mayor; de sus 8 bisabuelos, 5 son ibéricos; de los 32 antepasados, 16; de los 64, 53; de los 128, 32. La sangre hispana no sólo afluye directamente a través de los esposos castellano y luso de Catalina y Felipa de Lancáster, Enrique III el Doliente y Juan I de Portugal, sino, indirectamente a través de Borgoña y Austria, en la hija de este último, Isabel, casada con Felipe III el Bueno, y su nieta Leonor, mujer de Federico III de Habsburgo.

A la rama ibérica debe nuestro Carlos el ardor de Castilla, el ensueño y «saudade» de Galicia y Portugal, así como la tenacidad aragonesa, características todas ellas que vienen a ser como los pilares sobre que se sustenta el genio español.

Hijos de ellas, son la piedad, el ensimismamiento, la austeridad, el humor a veces rayano en lo trágico y la fina sensibilidad de percepción de cualquier error que pudiera socavar la firmeza de su religión e imperio. Todas estas cualidades, las hereda Carlos de la Hispanidad. En ella se refugiará, cuando su idea sacral del imperio, tal como la define Peter Rassow, se deshaga como la sal en el agua, en el mar de las incomprensiones de la Europa de aquella época. En lo físico, Iberia le lega esa estatura pequeña, pero graciosa.

El tercer grupo genético, el austro-alemán, tiene poca cabida y representación en la sangre de nuestro Carlos; un solo antepasado de los 4, 8, 16 y 32 de la 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> generación ascendente, 3 de los 64 de la 6.<sup>a</sup>, y 6 de los 128 de la 7.<sup>a</sup>, que hemos tomado como punto de partida para este estudio, por ser la coetánea de la de Juan II de Henao y Felipa de Luxemburgo. La pequeña proporción germana regala al emperador ese talento natural de sus antepasados del Rin, que supieron crear en sus dominios el esplendor económico, político y cultural del otoño del medioevo; en lo somático, la nariz aguileña, sello de los Habsburgos, que a través de uniones femeninas pasa a Lorenas y Borbones.

Como subgrupo del germano, tenemos el oriental e italiano: el 1.<sup>o</sup> polaco-lituano-ruso en la unión de Cymburga de Mazovia y Ernesto el Férreo, que aporta a la Casa de Austria la excesiva corpulencia, labios gruesos y caídos y un sentido interior en la contemplación de la naturaleza; y el 2.<sup>o</sup> de los Visconti del Norte de Italia, con el casamiento de Leopoldo el Caballero con Verdes de Visconti; el espíritu tiránico de estos últimos no aflora en la cristianísima figura de Carlos.



ALBUM EXTREMEÑO.—Monasterio de Yuste: Detalle del Claustro, (Foto Javier)

Si en lo genealógico el César hispano recibe en su sangre los legados representativos, tanto fisiológicos como psíquicos, de todas las casas reinantes en Europa, en lo ideológico era la persona más idónea y abocada a asumir la responsabilidad del Sacro Imperio Romano.

Su idea central y obsesionante la cifraba en la creación de un imperio sobre la base España-Borgoña-Alemania-Italia como derecho hereditario; a él debía adherirse el resto del occidente europeo, unido por la fe y la cultura, para luchar contra el común enemigo de la cristiandad: el turco. La idea, en su origen, borgoñona, parecía tener como punto de arranque el núcleo supercivilizado de Borgoña y Flandes, baricentro del triángulo Valois, Austrias y Tudor. Veamos cómo recoge España tal idea, cómo de una inicial repulsa pasa a vivirla y cuando empieza a fracasar, la transforma en esa Hispanidad que espera la llamada de los pueblos del Centro de Europa para infundir en ellos nuestra espiritualidad y que sirve de aglutinante a la dividida Europa contra el actual enemigo de la Cristiandad: el comunismo ateo.

Moria Maximiliano y en la primavera del 1519 tenía lugar la elección a orillas del Mein. Carlos se encontraba en España, con exactitud en Barcelona. La lucha por el imperio tropieza con el orgullo de la Grandeza que no quiere subordinar a tal idea los intereses simbolizados en el concepto reino. Surge una pública discusión entre cortesanos y círculos intelectuales de Aragón y Castilla.

La antítesis de la idea sacral de un Imperio era la de un Estado soberano. En los comienzos del XIV, el rey de Francia había hecho saber que su reino en nada dependía del imperio y con ello la vieja controversia de Enrique-Hildebrando sobre papado-imperio, se transforma en la de estado soberano-imperio. Las cabezas mentoras de la Grandeza española conocían los fundamentos de esta disputa; mas el argumento caía por su base, pues España no era ningún Estado, sino una pluralidad de ellos en manos de su rey, que además representaba la idea imperial. La corte de Carlos, pululante en sagaces y diplomáticos borgoñones y flamencos, empleaba un argumento demasiado contundente para un pueblo recién nacido de la Reconquista, demostraba ante la Nobleza española que el Imperio no era más que una institución social, una comunidad en la que debían integrarse todos los pueblos para luchar contra los enemigos interiores y exteriores del cristianismo. España ante tal interpretación se sumaba al Imperio. Pero hay más; cuando en las cortes de la Coruña de Abril de 1520, volvía a plantearse la incompatibilidad Reino-Imperio, era el mismo emperador el que tomaba la palabra «No existe tal incompatibilidad» decía entre otras cosas «Precisamente España en los albores de la Historia ha sido elemento esencial del imperio romano. Tres emperadores a cual mejor, Adriano, Trajano y Teodosio, ha dado España al mismo y ahora dará otro en mi persona y yo os aseguro que esta tierra será el corazón de tal Imperio».

Está claro que el texto del discurso de Carlos habría sido compuesto por la habilidosa pluma de los humanistas de su séquito, pero en él expulsaba de una manera nítida su propio pensamiento. Desde este momento, el oro de España, llegado a la península desde las colonias

ultramarinas afluirá canalizado al centro de Europa para hacer triunfar la idea sacral del Imperio. Carlos I, hispaniza a Carlos V, según acertada expresión del P. Gabriel del Estal; España al aceptar tan grave carga, se une a Europa, y la Hispanidad se entronca con la misma Alemania.

Mas ¡ay! el cruel destino era implacable con Carlos; aquel ensueño de sus años juveniles iniciado por Guillermo de Croy, espiritualizado por Adriano de Utrecht y convertido en ideal por Gatinara, hispanizado más tarde por los españoles Cobos, Loeysa y Sepúlveda, llevado hasta los límites de lo herético y romano por Alfonso de Castro, tropieza con las incomprensiones del poder temporal de los Papas, las apatencias egoistas de reyes cristianos y el cisma protestante.

Carlos se retira a Yuste, se repliega al puerto seguro de la Hispanidad. No era este retiro un acto ascético, como algunos han creído, era la renuncia al concepto de un imperio cristiano como bien apunta Peter Rassow.

Aquí en Yuste, oasis de soledad y belleza, expresión viva de la «Beata Solitudo sola beatitudo», cabeza de esta paradógica y absurda Extremadura de valores extremos en ciencia y espíritu, donde afluiran en aquellos momentos gloriosos y laureados conquistadores y en donde una Virgen morena de Guadalupe, lanzaba desde las Villuercas, brisas propicias a las naves de nuestros misioneros y colonizadores para proseguir la obra de la Hispanidad, sintetizada en «Las leyes nuevas», llega Carlos consigo mismo, con sus soledades o saudades para vivir una vida interior, Señor de los objetos intramundanos que le habrían asfixiado, viviendo plenamente el existencial heideggeriano de encontrarse a sí mismo, libre incluso de añoranzas y nostalgias.

Pero la angustia o saudade del César era más perfecta, más cristiana; tenía otra categoría marceliana inherente al ser mismo que se consume ante la finitud que le rodea; la categoría de la esperanza, que acude a llenar el vacío del alma como el aire grávido las zonas depresivas. Dios en la soledad de Yuste domina su inteligencia, fortifica su voluntad y mueve su sentimiento. Carlos de España, aun tras la muerte, espera que su idea sacral cristiana aune a los pueblos de Europa para aprestarse a la lucha contra el común enemigo, el comunismo ateo y materialista.

Por eso los pueblos del Norte y Centro de Europa debieran volver los ojos a este Viejo y remozado Convento Jerónimo. Yo me atrevo a recordarles, claro está, en un sentido cristiano y ortodoxo, aquel sabroso pasaje de su tal vez no rectamente comprendido Nietzsche: «Eramos como dos naves, cada una de las cuales tenía objetivo y derrotero distinto; pero un día pudimos juntarnos y celebrar tranquilos un gran ágape en el mismo puerto. La ley del destino nos separó de nuevo y diversos soles y naves nos volvieron extraños... Mas existe una enorme e invisible curva estelar, ante la cual nuestras rutas son como pequeños trazos; nuestra vida es tan corta y la agudeza visual tan reducida, que podemos llegar a ser más que amigos y reencontrar nuestra amistad, tras las estrellas, aunque en la tierra aún sigamos creyéndonos enemigos».

Cáceres, Octubre 1958.

## UN CENTENARIO GLORIOSO

# Carlos V y la Alta Extremadura

### RECUERDO EMOCIONADO

**C**ON estremecida emoción ha vibrado la Alta Extremadura en la brillante conmemoración de los cuatro siglos de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania, el ilustre «campeón de un ideal de unidad europea y cristiana, que hoy vuelve a actualizar su inmutable valor político».

Si a todo español atrae la egregia figura del César, esta potente llamada se agiganta por lo que respecta a los cacereños, carolófilos si los hay, ya que no en balde el glorioso nieto de los Reyes Católicos eligió el incomparable paraje alto extremeño de La Vera—de inmejorables condiciones, lugar frondoso y ameno, de una belleza y exuberancia majestuosas y de un excelente clima, que describiera deliciosamente Gabriel Acedo de la Berrueza y Porras en sus «Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera alta y baja en Extremadura»—con lo que lo universalizó al hacerlo objeto de su predilección para—una vez despachados los negocios terrenos—prepararse a despacharlos con Dios y morir cristianamente en el seno de la religión que había defendido arduosamente en su preciosa existencia.

### FIEL RESTAURACION DEL MONASTERIO

El gran César Carlos V—que llevó a España a empresas ecuménicas—como ha dicho con su verbo elocuente Blas Piñar, legó dos profundas lecciones: de prudencia la una y de humildad la otra. De prudencia, practicando el difícil arte de saber dejar el poder a tiempo, y de humildad, con su cristiana muerte, al ordenar que su cuerpo fuera enterrado en el cenobio de Yuste, bajo la losa del altar mayor para que el Sacerdote al ofrecer cada día el santo sacrificio de la misa pisara sobre su cabeza y sobre su corazón. Lo que—en frase de Daniel Rops, prestigioso miembro de la Academia Francesa—hizo en «eterna señal de humillación».

Desde que el Caudillo y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire reconquistara la Patria con su espada victoriosa y co-